

ARTY PARA PIPA

Buenos y Malos Tiempos De C. L. Sáenz

Cuento de Navidad

EL TEMPLO

PIPA

Este pueblecito de la Meseta Central parece ir subiéndose a repecho la montaña, no muy distante, que por el norte y el este le cierra el horizonte con sus cumbres azules sumidas en el vellón resplandeciente, mañana y tarde, de las nubes eternas.

Su caserío más denso se apila alrededor de la plazuela central. En torno al templo, a este casi centenario templo gótico. Casas de adobes, de paredes, las más, blancas, en su retoque de cal; azules, amarillas, rosas. Todas con sus tejados de tejas de barro, de color viejo de herrumbre; todas con sus puertas y ventanas en que la forma rectangular se ha deformado por falta de arte en caprichosos rombos. Algunas tienen largos y bajos tapias con sus tejadillos de tejas imbricadas simulando dorsos de batracios tendidos al sol. En muchos de estos tapias florecen lindos ramos de guarias moradas; en otros tiendas enredaderas de bellísima, de flor de verano, pródiga en sus grumos de sangre, o de banderita española, de flores gualdas y rojas.

En torno a la plazuela central y a las dos agujas del templo, se extienden las calles principales del pueblecito cortándose en ángulos rectos.

Todas las calles tienen al fondo un paisaje de azules y verdes retazos de montañas. Son éstas unos pocos centenares de casas. Las otras se desgranaban confundiendo con el mar verde intenso de cafetales y de potreros; de frondas de aureos guschipelinos, y en verano más amarillos que el chilipereño de una pródiga luz de bengala; de frondas pujantes de higuerones cate-drales; de frondas en abanico de abelotas bombás.

En la paz del pueblecito labrador, en medio de su arquitectura primitiva de su rústico caserío, el templo sube arrogante al cielo azul del verano sus dos exóticas torres, evocadoras de burgos medievales. ¿Qué hacer en este paisaje tropical, en este pueblecito humilde esas torres, que a pesar de su altura no logran sobrepasar el fondo de la montaña indígena?

Ah! esas torres, ese templo de magífico lineamiento, pero que sin embargo está aislado en el paisaje, sin correspondencia emotiva con los verdes cafetales, con los verdísimos potreros, con la abrumadora fronda del arbolado, con el azul pulido de la gran montaña, dice una historia de fe in-

genua y de tradición económica interesante de conocer.

Este pueblecito ha venido dedicando sus mejores esfuerzos durante más de tres cuartos de siglo a levantar este templo. A levantar su mole de piedra y cemento sobre hondas bases.

Antes del templo, frente a la plazuela, en su mismo lugar estaba la ermita, una pobre ermita, buen santuario para la misa y rosario de los domingos, que no se distinguía en mucho de las otras casas de adobe y tejado de barro. Allí el Humilde y Manso de corazón recibía de los aldeanos la reverencia del culto en altar lleno de flores silvestres y de cirios de cera en una amabilidad profunda y sin pompas vanales.

Los pobladores poseían la tierra; potreros, rastrojos, cejas de bosque bien pobladas de cedros; los aldeanos sembraban la tierra y vivían de su producto con holgura; poco a poco los potreros se fueron convirtiendo en cafetales; lo mismo pasó con los rastrojos, y los cafetales fueron subiendo cuesta arriba por las mismas faldas de la montaña. El café era el grano de oro y los pequeños propietarios lo beneficiaban con grandes ganancias. El oro corría en monedas brillantes de mano en mano. Fue en esta época de abundancia en que los cristianos sintieron la necesidad de honrar a la Providencia tan pródiga con ellos y surgió la idea de la construcción del templo. De un templo magno, que rivalizara con los templos de otros pueblos y aún con el viejo templo de la ciudad capital de la provincia.

Se organizó la Junta Constructora y se dió comienzo a los trabajos. Los donativos en metálico llegaron a grandes sumas; el pueblo entero, gozoso en esa exteriorización de su virtud, se dedicó a levantar la fábrica sagrada. Quien prestaba sus bueyes y carretas; quien regalaba los mejores cedros de su ceja de bosque; unos iban por piedra y arena al río; otros ayudaban a los albañiles; otros acarreamos cal de lugares lejanos.

Año tras año la Junta Constructora celebró un famoso turno a favor del templo. Al turno famoso concurrían gentes de toda la Meseta Central: la plazuela se convertía en amplias coramadas de uruca o de bambú, bajo las cuales se rifaba desde novillos, vacas y terneros, hasta roscas de pan y gallinas compuestas. Año tras año eran miles de colores los que la Junta

Constructora hacía ingresar a sus arcas, como producto de los festivos turnos.

El templo se fué levantando conforme al plano de los arquitectos; de los arquitectos que lo planearon sin nexos ni con la tierra ni con el pueblo, ni con el tiempo; los arquitectos delinearon ortodoxamente conforme a los cánones de un estilo cristalizado, exótico, importado de otra cultura de otra época, de otro estado de alma. Por eso hoy el templo, el de este pueblecito tropical, tiene muy poco sentido histórico; por eso en su contemplación no nace en el alma del contemplar sino una fría y aún irónica vibración emotiva. Tan rodeado de casitas y el templo está aislado, solitario, muy lejano del alma del pueblo.

Cierto que el esfuerzo del campesino que acarreo piedra para sus sillares, que el del que cortó cedros en la montaña para sus columnas, que el del otro, ayudando a colocar los coloridos ventanales, están aquí, pidiéndonos simpatía. Mas todos estos centuplicados esfuerzos humanos; donativos de las campesinas, monedas de los gamanates ricos, sudor de los labradores, se vació en un molde extraño a sus almas, en un molde casi incomprendido para su fe ingenua. Los campesinos de este pueblecito no comprenden el por qué de este gran templo en su poblado humilde. La misa que en él se celebra, el rosario que en él se reza, los sermones que en él se escuchan, las plegarias que en él se eleva, son los mismos que artes, en la ermita pequeña, no parecían a una de sus casitas.

Pasaron años y años y todo el poblado se empeñó en terminar la obra comenzada. Esa obra que no daba traza de terminarse nunca. Creció el templo pero no crecía el pueblo; sus calles seguían siendo de polvo y de zacate; los desagües de las acequias rebalsaban sus aguas inundándolas; la casa de la escuela amenazaba ruina y ya no era capaz para contener la chiquillería del pueblo; la carretera ofrecía grandes dificultades a las carretas para el acarreo del café; el pueblo seguía alumbrándose con volas de cebo y recogiendo su agua en los yurros. Violieron los malos tiempos; los pequeños propietarios se fueron quedando sin sus tierras y convirtiéndose en peones asalariados; sus cafetalitos, hipotecados por deudas, pasaron

Angelina tiene siete años. En su carita redonda y rosada brillan dos estrellitas ardientes y negras; su cabecita está llena de colochitos que piden la caricia de la mano maternal; cuando ríe, con su risita de sel y de miel qué lindos son sus dientes blancos y finos! Ligera, como una pompa de jabón y más alegre que la canción dorada del canario.

Doña Anita va por los cincuenta. La soltería, admitida sin grandes tragedias sentimentales, ha afinado todos los rasgos de su cuerpo y de su ser interior, en una nota de bondad y de placidez. Buena como la luz del alba; con un corazón que es una esencia; un corazón sufrido y optimista, lleno de condesciencias pueriles.

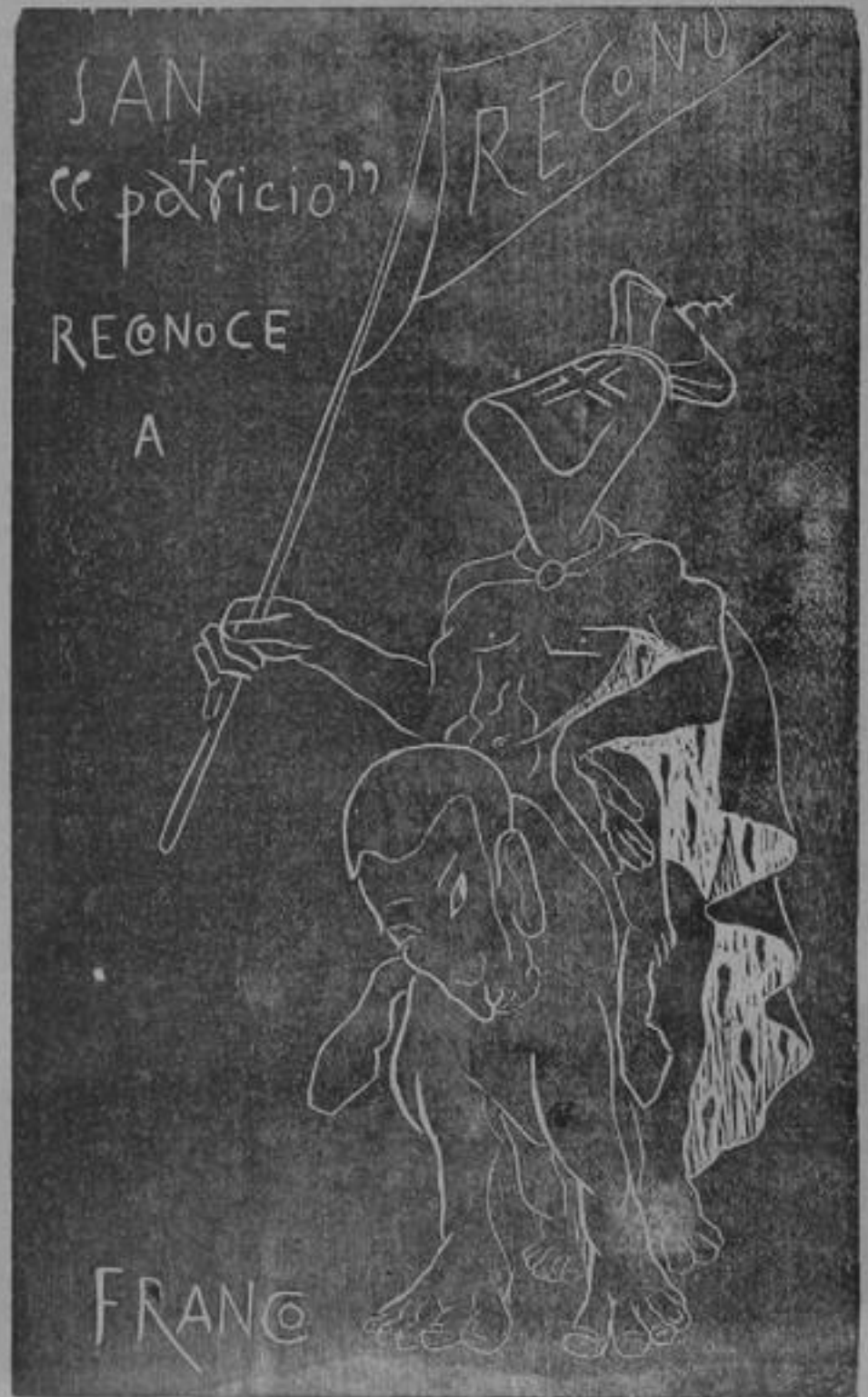
Doña Anita ha dado en su casa, en su mesa y en su lecho, un lugarcito caliente al pobre pajarillo sin nido y sin padres; al pobre pajarillo que ella recogiera, cari-

tativa del lecho de una moribunda en el hospital de la ciudad. La plenitud amorosa del corazón maternal de la soltera está bien pagada en la correspondencia del perfume que se emana de la alegre florecilla trasplantada a su hogar.

Este año, al acercarse la Noche Buena, estaba el Niño pobre, rematadamente pobre. No había en toda la vieja casona provinciana, único haber de doña Anita, ni el cinco que pudiera encontrarse la cucarachita Mandinga. ¿Qué ponerle a la muchachita en su saco de navidad? ¿Una muñeca? ¡Ni pensarlo! Y la criatura estaba loca por las muñecas; había tantas en las vitrinas de las tiendas! ¡Y ella se había portado tan bien en las últimas semanas. Y ni una sola noche había dejado de encargarle al Niño, en palabras llenas de fe, que se acordara de ella y le echara una

Pasa a la 6a. página

Vanguardia Política



Salamanca, 25.—(Prensa Asociada).—El nuevo embajador italiano acreditado ante el Gobierno del General Franco, Ciutti de Santa Patrizia llegó esta mañana a esta capital e inmediatamente fue introducido a presencia del General Franco, con lo que se efectuó la presentación de credenciales. Seguidamente, después de larga conversación con Franco, habló con el Jefe del Departamento de Relaciones Exteriores Nacionalista y otros elementos que forman el Gobierno del General Franco.